“Humanae Vitae”: ecos en la prensa mundial

Todo el mundo comenta y enjuicia la reciente encíclica de Paulo VI. No han faltado las adhesiones y los comentarios positivos, pero junto a éstos han abundado también las críticas —no siempre con la deseada altura y objetividad— que van desde la perplejidad hasta el malestar e incluso la rebeldía.

En un suplemento especial a su número ordinario de agosto, la prestigiada revista **Informations catholiques internationales** —pág. XIII-XVI— nos da en apretada síntesis un panorama de las primeras reacciones que en la prensa internacional provocó el documento pontificio.

“Como era de esperar, la publicación de la encíclica **Humanae vitae** ha despertado las más diversas reacciones a través del mundo. Al lado de numerosos cables de felicitaciones que, según el **Osservatore romano**, afluyen al Vaticano —entre los cuales destacan los mensajes del cardenal Urbani en nombre de la conferencia episcopal italiana, del cardenal Gilroy, arzobispo de Sidney, de los arzobispos de Boston, los Angeles, Washington, de la universidad Santo Tomás de Manila— el diario del Vaticano da cuenta también de las reservas y críticas suscitadas por la encíclica...

En el plano eclesiástico, las reacciones varían sobre todo según los países: **el mundo anglosajón**, donde el control de natalidad está ya muy arraigado en las mentalidades y las costumbres, es el que se ha mostrado más claramente crítico frente al Papa; **los países latinos**, por el contrario, se muestran más circunspectos, y se limitan —cuando no expresan una aprobación sin reservas— a comentarios matizados o al silencio; **los países del tercer mundo**, aparte de algunas declaraciones gubernamentales respecto a su intención de proseguir sus programas de planificación familiar, se refugian en el silencio y la prudente espera. **Los obispos**, naturalmente, se declaran solidarios del Papa, aun cuando algunos subrayan las dificultades que tendrán que enfrentar para hacer respetar su decisión o para recalcar el carácter no infalible del documento pontificio. **Los teólogos**, sobre todo los más “abiertos”, y buen número de **sacerdotes**, declaran que la discusión queda abierta, pero son, sobre todo, **los laicos**, los más directamente afectados, los que manifiestan más abiertamente su decepción y sus críticas.

Los demás cristianos parecen ante todo sorprendidos por la intransigencia de Paulo VI, pero se expresan en términos mesurados. **La prensa** ha explotado la “noticia” para obtener el máximo de dividendos sensacionalistas. **Los gobiernos**, fuera de algunas excepciones, todavía no han reaccionado públicamente. En cuanto a los **médicos**, se manifiestan en conjunto más bien críticos.”

Solidaridad y acuerdo

En su página editorial, la conocida revista **Ecclesia**, órgano de la Acción católica española, se refiere a la encíclica en los siguientes términos:

“(Esta) doctrina, enraizada en la más pura ortodoxia y en la tradición ininterrumpida de la Iglesia, no debiera haber sorprendido a nadie ni mucho menos disgustar o convertirse, como la misma Iglesia, en signo de contradicción. Claro que para ello era preciso en todos una buena dosis de sentido trascendente de la vida humana, del valor de ésta y de los sacrificios que la rodean de cara a la eternidad”. Y en la misma revista Fernando Guerrero demuestra su admiración frente a “la fortaleza y el coraje moral del Papa” y ve en la “resolución” papal, tomada “contra el parecer de muchos expertos” y “frente a la casi unanimidad de la opinión mundial” y a “enormes presiones” una clara confirmación de la “asistencia de Dios a su Iglesia”.

En los Estados Unidos, además de reacciones individuales claramente favorables de varios obispos —Cooke, Krol, Wright, Dwyer, McIntyre—, el episcopado publicó una declaración colectiva en la que pide a los fieles “formar su conciencia a la luz de la enseñanza pontificia”. Un portavoz del episcopado precisó más tarde que los obispos esperan una obediencia estricta de parte de los católicos.

En Irlanda, país conocido por su fuerte tradición católica y por su alta práctica religiosa, la encíclica ha sido bien acogida no sólo por la jerarquía sino incluso por la gran mayoría de los fieles. Mons. John McQuaid, arzobispo de Dublin y primado de Irlanda declaró: “Acojo esta reafirmación con agradecimiento. Puedo afirmar con confianza que esta enseñanza oficial de la Iglesia será recibida con toda lealtad por los sacerdotes y los fieles”. El P. Cremin, profesor de moral y de derecho canónico en St. Patrick's College y experto en el Concilio, manifestó la convicción de que la enseñanza del Papa sobre el control de la natalidad es infalible.

En Francia, Mons. Marty, arzobispo de París, expresa “su gran agradecimiento al Papa”: “El mayor servicio que el Papa podía prestar a la cristiandad y a la humanidad entera, en este campo, era el de volver a proponer en toda su pureza la constante doctrina de la Iglesia”. Por su parte, el P. Riquet, capellán general de la asociación de los médicos católicos, concluye su análisis en **Le Figaro** con las siguientes palabras: “El Papa no cree que la feli-

cidad y el progreso pueden obtenerse por el milagro de la píldora. ¿Qué amigo del hombre podría reprocharle el disipar este adormecedor y corrosivo espejismo?"

Otras voces de teólogos

El periódico católico **La Croix** registra las opiniones de algunos teólogos sobre la encíclica vertidas en el transcurso de un foro.

Al respecto, el P. **Martelet**, S.J.: "La norma contenida en la encíclica— no es una norma pontificia. Aquí el Papa no ha hecho otra cosa que ser el servidor de lo que él mismo llama ley natural, es decir, la verdad del hombre en el matrimonio. En el fondo no ha dicho otra cosa sino que todo acto conyugal debe quedar abierto a la trasmisión de la vida. ¿Por qué? Porque la vida humana no está pura y simplemente a merced del hombre y de la mujer, sino que el hombre y la mujer están al servicio de la vida, en cooperación con Dios, cuya intervención personal es esencial a la generación de un ser humano."

A la pregunta concreta de si un matrimonio cristiano puede usar la píldora, contestó: "Del punto de vista del derecho y de la ley, es evidente que no. Del punto de vista práctico será necesario ver cómo pueden las conciencias, en el interior de esta ley, vivir esta obligación en las condiciones en que se encuentran. Del punto de vista del derecho, es evidente que un católico... no podrá de derecho, en conciencia, considerar la contracepción como un derecho justificado por su conciencia cristiana y su conciencia humana."

El conocido teólogo moralista **Bernard Häring**, en declaraciones formuladas al **National Catholic Reporter**, acepta la encíclica, pero pide al Papa reconsiderar el asunto y ponerse en contacto con la mayoría de la Iglesia:

"La letra de la nueva encíclica —dice— es tan absoluta y tan poco ambigua que ninguna casuística de un teólogo católico podría preocuparse de los numerosos casos (prácticos) si ellos desean mantenerse dentro del ámbito de esta enseñanza. Hacemos un llamado al Papa para que use urgentemente todos los recursos de la colegialidad para llegar a un consenso más amplio construido por todos los cristianos. Esto seguramente fortalecerá su autoridad y dará soluciones especialmente en vista de los pobres y de quienes carecen de educación."

Häring no ve tan claro ni parece estar tan convencido como Paulo VI de que todo hombre de buena voluntad aceptaría el ritmo natural biológico como ley moral que no puede sufrir ninguna excepción. Este disenso parece fundamentar en parte su posición. Por ello dice en su declaración:

"Si deseamos hablar sobre la ley natural al mundo en general y con la gente moderna dentro de la Iglesia debemos mostrar que, por definición, una materia de derecho natural está basada en argumentos de experiencia humana y reflexión. Yo, por mi parte, puedo aceptar que las funciones biológicas o leyes son parte de la persona humana; pero si las funciones o procesos biológicos fueran una ley absoluta que no permite ninguna excepción aun cuando la salud mental de una persona o la estabilidad de su matrimonio está en juego, deberíamos separarnos de la moderna medicina como un todo y de la cultura moderna. La realidad biológica debe respetar la totalidad de la persona y la persona total no debe quedar sometida al proceso biológico si éste va a destruir la persona."

Luego de señalar que la decisión del Papa ha puesto en peligro la credibilidad de la Iglesia de parte de todos aquellos que han sido impactados y que el Papa ha seguido su propia conciencia aun a riesgo de dividir la Iglesia, **Häring** completa su declaración:

"... Aunque nosotros los teólogos hemos estudiado esta materia a través de toda una vida, somos mucho menos infalibles que el Papa. Sin embargo, en este caso particular no se trata de la opinión de un sólo teólogo. Durante los últimos cinco años... un fuerte coro de teólogos, pastores y sobre todo laicos bien informados expresaron firmes convicciones en un sentido que los une al pensamiento de todo el mundo moderno y expresa un profundo respeto por la persona humana y una gran preocupación por la estabilidad de la familia humana".

El teólogo jesuita norteamericano **P. R. Mc Cormick** declaró al mismo periódico:

"Sólo podemos rechazar un documento pontificio no infalible si los argumentos aducidos en pro de algo son claramente inadecuados o al menos se duda seriamente de ellos. Ahora bien —añade— muchos años de estudio y esfuerzo sobre esta materia nos llevó a la conclusión de que la enseñanza tradicional (de la Iglesia sobre esta materia) está en duda por razones extrínsecas e intrínsecas. Ello no significa certidumbre de mi parte sino que estamos abiertos a la investigación... y a la enseñanza auténtica del Magisterio... La lealtad al Magisterio no puede consistir en sumisión ciega. Eso sería todo lo contrario. El acatamiento permite criticar y disentir, si se hace con responsabilidad."

En una declaración emitida por cerca de 200 teólogos católicos norteamericanos encabezados por el P. **Charles E. Curran**, vicepresidente, de la Sociedad Teológica Católica de Norteamérica, se dice textualmente, luego de expresar severas reservas sobre una encíclica carente de infalibilidad: "Como teólogos católicos, conscientes de nuestro deber y de nuestras limitaciones, concluimos que los esposos pueden responsablemente decidir en conciencia qué medios anticonceptivos artificiales en ciertas circunstancias son permitidos y son de hecho necesarios para preservar y fortalecer los valores y la santidad del matrimonio." Entre otros muchos, firman este documento tres miembros de la Comisión Papal sobre Control de la Natalidad cuya opinión mayoritaria desoyó Paulo VI: John J. Noonan Jr., Thomas J. Burch y A. Hellingers.

Hans Küng, el brillante teólogo suizo cuyas ideas sobre la reforma de la Iglesia tuvieron una influencia poderosa en el Concilio Vaticano II, proporcionó una exposición razonada para disentir de la opinión papal referente a que "todo acto matrimonial debe permanecer abierto a la trasmisión de la vida." Al respecto, señaló el teólogo en forma muy sugerente, "es un principio establecido por la teología moral católica, que una enseñanza dudosa no obliga..."

Buscando una solución práctica para sus fieles, los cardenales Heenan de Westminster, Doepfner de Munich y el obispo Méndez Arceo de Cuernavaca instruyeron recientemente a sus sacerdotes para no suspender los sacramentos a ninguna pareja que hubiese llegado en conciencia a una decisión de usar anticonceptivos para limitar sus familias. "Es necesario —explica el cardenal Doepfner— desarrollar en los fieles una comprensión más exacta de la doctrina contenida en la encíclica y de su aplicación práctica."

Sorpresa y desconcierto

Comentando el documento pontificio, *Le Monde* se sorprende de que Paulo VI "habiendo nombrado él mismo los miembros de la Comisión que estudiaría este problema, haya elegido finalmente las tesis de la minoría" al insistir fuertemente en la condenación de cualquier medio artificial de contracepción basándose en argumentos extraídos de la ley natural, pero cuya evidencia ha sido impugnada en el informe de la mayoría". Luego se pregunta cuál será la reacción de los numerosos sacerdotes y obispos de América Latina que "viviendo cada día el drama de la miseria y de la delincuencia infantil y del hombre ligada a una explosión demográfica desmesurada, se han lanzado desde hace tiempo a programas educativos y prácticos de regulación de la natalidad."

A este mismo respecto el *New York Times* manifiesta el temor de que la decisión de la Iglesia pueda "reforzar el doble mal de la guerra y la pobreza" y se sorprende de que esta encíclica haya sido promulgada por un Papa que ha sido uno de los más apasionados defensores de la causa de la paz y de la dignidad humana en el mundo moderno.

"Nadie puede dudar —prosigue— que esta importante decisión ha sido alcanzada después de la reflexión más dramática. La cuestión del control de la natalidad comparte problemas teológicos y filosóficos que ningún hombre debe ignorar; el derecho de todos los hombres a actuar en esta esfera según su conciencia debe respetarse. Pero cuando la Iglesia presume hablar por un sector de la humanidad sobre un problema que podría influir sobre la supervivencia de la misma especie humana, los demás no pueden permanecer indiferentes. La encíclica —señala finalmente el periódico— coloca a la Iglesia en oposición a grandes segmentos de un mundo angustiado, incluyendo muchos católicos conscientes... y si bien es cierto que la oposición de la Iglesia al control de la natalidad no es la causa de la explosión demográfica, la reafirmación de la doctrina papal ciertamente es una barrera hacia el progreso..."

Ataques y rebeldía

Especialmente dura es la reacción provocada en *The Economist* (edición para América Latina).

Considera que la encíclica "ha consolidado el viejo poder detrás del trono. Ha identificado al Vaticano con la derecha reaccionaria de la Curia... La nueva posición de prestigio moral mundial que Juan XXIII había logrado darle al Papado se ha perdido casi por entero: éste es un precio muy alto por una resolución que será ignorada por la mayoría de los laicos y que causará angustias profundas entre el clero que debe aplicarla... A pocos días de su emisión, la encíclica está intelectualmente muerta y enterrada. Ha sido rechazada pública o privadamente por algunas de las mentes más sensibles de la Iglesia. Debe también haber convencido a todos (menos a los más reaccionarios) de que la estructura de una monarquía medieval resulta totalmente inadecuada a las exigencias de la Iglesia del mundo moderno. Esta encíclica no es el producto de la infabilidad papal: es el producto del aislamiento papal. Si algunos aducen que toda esta crítica es una intrusión inaceptable e ignorante en el reino de la teología, nuestra respuesta es que Paulo VI acaba de efectuar una incursión bastante infundada en el reino sin duda menos noble de la sociología y la economía."

Aludiendo a las reacciones favorables a la encíclica suscitadas entre los católicos de corte tradicionalista en permanente desacuerdo con la nueva mentalidad que inspira a la Iglesia postconciliar, agrega *The Economist*:

"No todos, por supuesto, se encontraban a gusto en esa Iglesia cambiante que dejaba de dar órdenes y los obligaba a fundamentar más y más sus decisiones en los dictados de la conciencia individual. Para muchos siguió siendo más cómodo el catolicismo impuesto desde afuera que la innegablemente conflictiva labor de vivir un catolicismo regido desde adentro... El desasosiego de esos muchos desacostumbrados a ejercitar su propia conciencia llegó al paroxismo..."

En este mismo sentido *Financial Times* de Londres declara que "la encíclica no es sencillamente un asunto de fe y moralidad para los católicos romanos, sino un asunto de preocupación para todo el mundo, pues... hará mucho más difícil la lucha contra los problemas derivados de la explosión demográfica y provocará una crisis de confianza en ciertos sectores de la Iglesia, con incidencias sociales y políticas importantes." Reafirmando esta idea, el *Daily Telegraph* le parece "irracional" que el Vaticano haya efectuado llamados de ayuda al Tercer Mundo y ahora prohíba el uso de contraceptivos.

Cabe finalmente mencionar la reacción provocada en la OEA. El Comité asesor en Población y Desarrollo (CAPD) de este organismo condenó la encíclica porque (sus efectos)... "se traducirían en mayor angustia, miseria, desesperanza y enfermedad para millones de latinoamericanos" y porque "hace un llamado insólito a los jefes de gobierno para que no sancionen prácticas contrarias a la ley de la Iglesia". En abierta oposición al Papa, la resolución hace notar que "en la sociedad pluralista contemporánea, la política de población es de incumbencia de los poderes políticos de cada país."

La prensa internacional ha recogido también voces de franca rebeldía frente a la validez de las exigencias de la Iglesia en esta materia.

"¿Con qué derecho —se pregunta el *Frankfurter Rundschau*— el jefe de la Iglesia y el párroco se mezclan en los asuntos más íntimos de todo adulto? —Con ningún derecho. Efectivamente, corresponde a cada persona mayor de edad el decidir con su propia responsabilidad sobre su vida. No es la primera vez que la Iglesia dice "no" allí donde el hombre tiene la posibilidad de extender el radio de su acción individual... La Iglesia rara vez se ha hecho portavoz de aquellos que quieren ser más libres".

Esta misma rebeldía enardece a *La Presse* (periódico católico) y luego de tachar a la encíclica de "increíble" y "desastrosa", se pregunta si los clérigos americanos partidarios de los anticonceptivos para frenar la demografía galopante "serán lo bastante valientes como para llegar hasta el cisma". La respuesta parcial a este interrogante se encuentra en una declaración aprobada por 142 sacerdotes americanos y dirigida al cardenal P. Boyle luego que éste les hubo exigido acatamiento a las decisiones de la Iglesia en esta materia:

"Muchos de sus sacerdotes no pueden en conciencia seguir estas instrucciones, porque no dejan lugar para una opinión probable respecto a la práctica de la contracepción, ni para el derecho de conciencia tan claramente enunciado en los documentos del Concilio Vaticano II."

Es, sin embargo, en Holanda donde ha explotado mayor disconformidad y rebeldía. El diario católico *De Volkskrand* expresó la esperanza de que el documento de Paulo VI "será rechazado pura y simplemente por la mayoría de los fieles", mientras el *Het Vrije Volk* (socialista) argumenta que "las palabras de Roma ya no tienen hoy la autoridad de ayer."

Por su parte, cuatro prominentes sacerdotes holandeses emitieron una declaración en la cual señalan que la condenación por el Papa de los métodos anticonceptivos no es la última palabra en el asunto, pues la encíclica no es un documento infalible. Subrayan en seguida que "está contra la posición de la mayoría de la Comisión Papal de control de la natalidad, contra la posición de la mayoría del Congreso Laico Internacional y contra la posición de una gran parte del episcopado mundial." "La decisión sobre cuestiones de matrimonio y de la familia permanece, por consiguiente, completamente abierta y no está cerrada por la publicación de esta encíclica. Mientras difieran las opiniones dentro de la Iglesia sobre este asunto, las decisiones dependen de la conciencia de las propias personas casadas", concluye esta declaración. Firman C. Ruygers, J.A. Laarhoven, vicarios diocesanos y W. Goddijn, director del Instituto Pastoral de la Iglesia holandesa y C.T. Sporken, presidente de la Comisión sobre matrimonio y familia.

En Chile

Los periódicos y revistas chilenas fueron un fiel reflejo de los diversos y encontrados comentarios de la prensa internacional. No faltaron calificativos duros—"encíclica medioeval, cavernaria"—y tampoco lamentables confusiones. Así algunos periodistas confundieron el concepto de planificación familiar—al que la Iglesia jamás se ha opuesto—con los medios artificiales condenados por la encíclica.

En su página editorial del 31 de julio *El Mercurio* comenta la encíclica en forma respetuosa aunque formula al pasar diagnósticos y previsiones discutibles:

"No podría negarse que la doctrina confirmada nuevamente es dura, que su severidad aumenta por el hecho de constituir una sorpresa para quienes habían conciliado su conciencia católica con el uso de contraceptivos, y que ya se escuchan las reacciones desfavorables que esta decisión había de provocar necesariamente.

Sin embargo, es preciso respetar la actitud del Jefe de la Iglesia Católica que, en un momento de grave relajación moral y de búsqueda desenfadada del placer y del bienestar, coloca a los fieles ante una exigencia ascética que en muchos casos parecerá insoportable y hasta reñida con los tiempos.

Habrà diversas razones para combatir esta doctrina y es probable que ella señale una etapa de definiciones en el seno de la Iglesia Católica, que desde el último Concilio Ecuménico viene sufriendo un proceso de desorientación y crisis. Puede verse que el problema rebasará el objeto de esta Encíclica para extenderse hasta la autoridad misma del Papa, que éste reafirma con energía en el documento que publicamos el domingo último, como si creyera llegado el instante de plantear ante todo el mundo católico la cuestión de su poder en materia moral.

También en *El Mercurio*, 2 de agosto, encontramos un documentado y matizado artículo de Mons. Eduardo Lecourt, uno de nuestros más conocidos predicadores. De gran honradez y valentía nos parecen sus párrafos finales:

"Sin embargo, creemos que la última palabra no está dicha. El teólogo holandés Van der Marck lo presiente en su libro "Amor y fertilidad" cuando afirma que sin que la doctrina de la Iglesia cambie, ella habrá de confrontar nuevos hechos científicos que compulsen a nuevas soluciones. Y el Papa pide a los hombres de ciencia la rebusca de esos nuevos hechos, porque "pueden contribuir notablemente al bien del matrimonio y de la familia y a la paz de las conciencias si, uniendo sus estudios, se proponen aclarar más profundamente las diversas condiciones favorables a una honesta regulación de la procreación humana".

"Por último, bueno será recordar que el Papa no restringe nada, sino que proroga el status en que el Concilio dejó el asunto, al tenor de "Casti connubii" y las enseñanzas de Pío XII."

El popular diario *El Clarín*, recoge en su editorial del 2 de agosto una de las inquietudes que ha resaltado en nuestra prensa, y que se refiere a la tragedia que para los países pobres puede significar la explosión demográfica; y muy en concreto el alarmante aumento de abortos provocados:

"Si el constante y desordenado aumento de la población va creando tensiones sociales que se traducen en revueltas, dictaduras y desquiciamientos, ¿cómo conciliar la respetable decisión papal, inspirada en altos principios morales, con la brutal realidad socioeconómica de los pueblos subdesarrollados?

Los estadistas católicos de Hispanoamérica, en presencia del "fallo romano, ¿deberán, quizás, preguntarse si es lícito alentar la procreación a sabiendas de que el ser humano recién incorporado a la vida va a ser "inmolado" por las condiciones de miseria e insalubridad de un comunidad incapaz de garantizarle su existencia? Y, en tal caso, ¿qué delito será peor? ¿Evitar los nacimientos, alterando el proceso biológico de modo de impedir la gestación sin daño físico para el hombre o la mujer, o condenar a la extinción y por anticipado a un nuevo ser que nace? ... Desde este punto de vista... la decisión del Papa choca agudamente con el sentido común."

Dentro del panorama de opiniones chilenas tendríamos que enfatizar muy especialmente la declaración que un grupo —prácticamente la totalidad— de profesores de la facultad de Teología de la Universidad Católica entregó a la prensa. Pero no nos referimos especialmente a ella, ya que nuestros lectores la encontrarán en este mismo ejemplar.

Nos parece, en cambio, necesario recordar el cable que Mons. Santos, presidente de la conferencia episcopal mandó en nombre de ésta al Sumo Pontífice:

"Episcopado chileno unido Padre Común adhiere fielmente sabias orientaciones matrimonio."

Finalmente, el Cardenal Raúl Silva Henríquez puntualizó algunas normas prácticas para orientar la conducta de los católicos, visiblemente desconcertados. Después de subrayar que, aunque no se trata de un documento infalible y que no agota la posibilidad del Magisterio, debe, sin embargo recibirse con religiosa sumisión, añade: "...pero quien está llamado a aplicar esta norma somos nosotros, los obispos, los fieles y todos los cristianos. La norma próxima de la aplicación de ella es la conciencia de cada uno." Explica luego, con palabras del Concilio, lo que es la conciencia, esa "ley escrita por Dios en el corazón del hombre, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente... La dignidad humana requiere por tanto que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa." "Estas son las normas —concluye el Cardenal— que nosotros como católicos debemos aplicar respecto a este documento de la Santa Sede." Señaló por último que el Santo Padre, como lo diera a entender en su discurso del 31 de julio, no ha dicho su última palabra al respecto y que deberemos esperar otro documento del Magisterio que abarque todo el gran problema moral y de las relaciones del hombre en la vida matrimonial y social.